

de federalista bastábale para que Buenos Aires se mostrase hostil con él. La vuelta del ejército vino á complicar la situación. El 1.º de Diciembre, Lavalle á la cabeza de una division, se apoderó del palacio del Gobierno y secundado por el almirante Brown, hizose nombrar por los notables reunidos en el Cabildo, dictador provisional del Estado. Dorrego se dirige á Santa Fé y reclama el concurso del Congreso federal; Lavalle le persigue, le alcanza, y le manda fusilar (9 de Diciembre): este odioso y bárbaro atentado fué la señal de un general alzamiento. El Congreso declaró fuera de la ley al asesino Lavalle, quien contestó con una declaracion de guerra: al espirar el año 1828 la República se hallaba entregada á todos los horrores de la anarquía. Los dos años siguientes vieron continuar con encarnizamiento la lucha entre federalistas y unitarios, obedeciendo los primeros á Lopez y á Quiroga, y los segundos á Lavalle. Los federalistas adquirieron un considerable refuerzo consistente en una bandada de gauchos (1), consagrados á un per sonaje que no debia tardar en adquirir una fama terrible, D. Juan Manuel Ortiz de Rosas.

Rosas tenia entonces treinta y cinco años: su juventud se habia deslizado en los dominios de su familia entre los gauchos, esos pastores semi-salvajes. De facciones acentuadas, ojos azules, vi-

(1) Conócese con este nombre á los pastores que en el fondo de las pampas tienen á su cargo la custodia de numerosísimos rebaños, propios de plantadores establecidos en la República ó indigenas. El *Gaucha* es desconfiado y astuto, como si el inmenso horizonte y la vegetacion que se desarrollan ante su vista dotaran á su naturaleza de una sensibilidad profunda. Desconociendo el amor de la familia y lejos de la civilizacion, el patriotismo y la amistad son virtudes que desconoce. En cuclillas, con el puñal clavado en el suelo para asesinar al que juegue de mala ley; atadas las bridas de su caballo á sus piernas, expone todo cuanto posee al azar de una carta. Acostumbrado á degollar animales, derrama con la mayor impasibilidad la sangre de sus semejantes. Jamás robará dinero, pero se cree en el derecho de apropiarse el caballo que mejor le convenga. El *Gaucha* es hospitalario y discreto; nunca preguntará á su huésped de dónde viene ni á dónde vá, aunque permanezca muchos meses en su choza.

vos y penetrantes, de rostro blanco y sonrosado como un europeo, y de elevada estatura como un gaucho, apareció por primera vez en la escena política en 1820, al frente de sus *colorados*, en auxilio de Rodriguez y del partido unitario; siete años más tarde levantó de nuevo á sus campesinos, pero para acudir esta vez en socorro de los federalistas.

Dorrego le habia nombrado general. Cuando llegó á su noticia el trágico fin de su jefe corrió presuroso con su tropa de gauchos, presentó batalla á Lavalle y consiguió ponerle en vergonzosa fuga. Los federalistas saludaron en él á su salvador, y el 8 de Diciembre de 1829 fué nombrado gobernador y capitán general de Buenos Aires. En 1831, Lavalle tomó la ofensiva en la provincia de Entre Rios, y fué derrotado, al propio tiempo que Paz lo era en la provincia de Córdoba. Esta doble decepcion fué el último y mortal golpe que sufrieron los unitarios: y las provincias de Córdoba, Corrientes, Mendoza y Santiago del Estero habíanse adherido al pacto federal cuando Rosas abrió la legislatura de 1832. Estipulóse que cada Estado conservaria una completa independencia en sus negocios interiores, y que la direccion de las relaciones exteriores y los asuntos de guerra, comunes á toda la República, estarian delegados al gobernador particular de Buenos Aires. Al hacerse cargo del poder, Rosas dijo con toda franqueza: «Me habeis escogido para gobernar segun mi saber y conciencia, y yo obedezco. Mi conviccion será mi guía, mi deber estriba en hacerla prevalecer.»

Batidos como en una especie de caza humana, los unitarios dieron pruebas de una indomable terquedad; Rosas empleó para exterminarlos todos los recursos del despotismo, y la prensa amordazada calló ante sus arbitrariedades y las de sus lugartenientes; los soldados no daban cuartel, y los perdonavidas organizados en sociedad popular perseguian y castigaban á los sospechosos. Notóse

que desde entonces en adelante todos los documentos llevaban el siguiente epígrafe: «¡Viva mucho tiempo la Confederación Argentina! Mueran los salvajes unitarios!» Los generales que habían secundado á Rosas le inspiraron una vaga inquietud. Quiroga fué asesinado en los alrededores de Córdoba; Lopez, de Santa Fé, invitado á ir á Buenos Aires, murió de una enfermedad misteriosa, y Cullen, su cuñado, fué condenado á muerte, como los generales Reinafé y Heredia. Una campaña hábilmente dirigida contra los indios de las Pampas del Sur, que puso término á sus excursiones por las tierras de Buenos Aires, vino á tiempo de aumentar el prestigio de Rosas. La multitud vió decididamente en él un héroe, un hombre providencial; se arrojó en sus brazos y le hizo su dictador.

El asesinato de Quiroga, á quien se quiso hacer pasar por unitario, excitó con motivo la indignación popular; el 8 de Marzo de 1835, al día siguiente de representada una comedia parlamentaria sabiamente combinada de antemano, la Cámara de Buenos Aires puso en manos de Rosas *todos los poderes públicos*, con el título de gobernador y capitán general de la provincia por cinco años. El Dictador no había logrado empero su objeto, y fué preciso que un plebiscito confirmara la elección. Preparósele una entrada solemne; la multitud idólatra arrastraba su carruaje; los gauchos delirantes le llevaron triunfalmente, y las bendiciones y acciones de gracia del clero resonaron en los aires.

Tal fué el punto de partida de una dictadura que duró hasta 1852 y que supo mantener en jaque á Inglaterra y Francia. Cada cinco años al espirar el término de sus poderes, Rosas suplicaba hipócritamente á la Cámara que teniendo en consideración su salud debilitada, le permitiese volver á la vida campestre, aliviándole de la pesada carga del gobierno; sin embargo, lejos de ello, concedíansele nuevos honores, que él admitía con la *pesada carga*

*del gobierno*. En su admiración los gauchos llamábanle el Washington del Sur.

Laborioso, perspicaz, siempre atento, todo lo veía y lo conducía todo; ejército, policía, hacienda, diplomacia, administración y prensa: los tratados de 1829 hacían del gobernador de Buenos Aires el representante de los Estados de la Plata cerca de las potencias extranjeras, que aprendieron á conocer á Rosas en el famoso «asunto de la Plata» que le engrandeció á los ojos de los americanos, y que tanto preocupó á las naciones europeas. El gobierno francés se había apresurado á reconocer la independencia de las antiguas colonias españolas, pero Rosas rechazó á uno de sus agentes diplomáticos, fundándose en que este había inferido una ofensa á Chile. En Uruguay el presidente Oribe, atacado por Ribera, que hacía causa común con Lavalle, recibía los interesados auxilios de Rosas á pesar de las protestas de los embajadores europeos. La prisión arbitraria de un ciudadano extranjero, originó en 1838 el bloqueo de Buenos Aires por una flota salida de Cherburgo. El Dictador mantúvose firme y se erigió en defensor de la independencia americana contra la usurpación del viejo continente.

Entretanto Ribera rechazaba á Oribe y declaraba la guerra á Buenos Aires; Lavalle incitaba al pueblo argentino á la sublevación; Corrientes y Entre Ríos armábanse contra el dictador, y Rosas amenazado por todos lados, redoblaba sus crueldades con sus adversarios, hasta el extremo de hacer fusilar en un día á setenta personas. Sus lugartenientes mostrábanse más feroces y crueles si cabe que su propio jefe. En Santiago del Estero, el gobernador Ibarra hizo para siempre execrable su nombre en toda la comarca. Las conferencias duraron dos años. Por fin el vicealmirante Mackau celebró un tratado con Rosas en 29 de Octubre de 1840, prometiéndose una indemnización á los agraviados; pero

los Estados, antiguos aliados de los europeos, viéronse abandonados y expuestos á la venganza de Rosas.

Lavalle derrotado el 16 de Noviembre en Santa Fé, lo fué despues en Lujan, y sorprendido por último en Jujuy murió fusilado (1841). Oribe expulsó del Uruguay al general unitario Paz, y sus victorias en las provincias de Santa Fé y Córdoba fueron seguidas de continuados asesinatos y atropellos. En el aniversario de la eleccion de Rosas, sus secuaces esparciéronse por las calles, y arrojándose sobre las personas sospechosas de pertenecer al partido vencido, las degollaban desapiadadamente. Una vez derrotados en todas partes los unitarios, Brown recibió la orden de bloquear á Montevideo, mientras Oribe rechazando la mediacion de Inglaterra y Francia invadia el Uruguay poniendo sitio por tierra á la capital.

Hacia tiempo que Rosas habia concebido la idea de anexionar la República Oriental á la Confederacion Argentina, y Oribe secundaba con celo sus ambiciosas miras. Montevideo, defendida por el general Paz, tenia á su servicio algunas legiones extranjeras, entre ellas una italiana al mando de Garibaldi; pero á pesar de todo, la ciudad hubiera sucumbido, si al intervenir los embajadores y verse rechazados por Rosas, quien se negó á suspender las hostilidades, no hubiese dado lugar al bloqueo de Buenos Aires en 18 de Setiembre de 1845 por las escuadras inglesa y francesa, forzando el paso del Paraná, cuya libre entrada se habia rehusado siempre á los navíos extranjeros. Esta mediacion armada se fundaba en tres poderosos motivos: los intereses del comercio, la proteccion debida á los extranjeros y la cooperacion del Brasil, que más tarde fué retirada. Montevideo y Buenos Aires contaban entre sus habitantes un crecidísimo número de europeos, y no cabe dudar que invocando los dos grandes intereses del comercio y de la humanidad, estos salian mas beneficiados

obteniendo la paz que continuando la guerra. Las negociaciones entabladas con Rosas por las potencias aliadas dieron por resultado en 1849 la celebracion de convenios en los cuales se estipulaba la libre navegacion del Paraná, el *statu quo ante bellum* y la independenciam de la República Oriental. La Asamblea nacional francesa negóse á ratificar el tratado celebrado en nombre de la República, y en 1851 acordóse el envío de un cuerpo expedicionario de infantería de marina á las aguas del Atlántico.

La tiranía de Rosas tocaba á su término. El dictador que habia sabido hacer frente á dos potencias europeas de primer orden, cayó ante una insurreccion de las provincias, secundada por el Brasil que miraba con recelo acercarse el momento en que lo tendria por vecino. Su tiranía, su obstinacion en las negociaciones, que ocasionando el bloqueo de los puertos argentinos entorpecía el comercio de la Plata y perpetuaba la guerra con Montevideo, habian acabado por fatigar á sus mismos generales. Justo José de Urquiza, gobernador de Entre-Rios, enviado dos veces para pacificar las ciudades sublevadas, acabó por abrazar su causa. Urquiza, salido de la filas del pueblo, simple gaucho, debia su elevacion á la fuerza de su carácter y á la superioridad de su inteligencia. Empezó su carrera militar al mando de Rosas, quien le nombró gobernador de Entre-Rios en 1842, distinguiéndose contra Ribera en el Uruguay. ¿Habia echado de ver, por fin, la solapada política de Rosas? ¿Apercibióse de que se explotaba su patriotismo en provecho de una ambicion personal? Lo cierto es que volvió sus armas contra el dictador, lanzando contra su mala fé un elocuente manifiesto cuando éste quiso renovar en 1851 la obligada comedia de su abdicacion. Urquiza solicitó y obtuvo la alianza del Brasil, Paraguay, Corrientes y Uruguay, obligando á capitular á Oribe en 8 de Octubre y librando á Montevideo de sus sitiadores. El 8 de Enero de 1852 el «grande ejército liber-

tador de la América del Sur» pasó el Paraná y dirigióse contra Buenos-Aires, siguiendo la ribera del río. Rosas vió el peligro; hizo declarar á Urquiza «traidor, loco, salvaje unitario;» reclamó de la Cámara de los representantes una nueva investidura, y haciéndose declarar exento «de todos sus deberes así ordinarios como extraordinarios,» concentró sus fuerzas, que ascendían á veinticinco mil hombres, en torno de la capital, para hacer frente al ejército libertador compuesto de veinte mil soldados. Jamás se habían encontrado frente á frente ni llegado á batirse fuerzas tan numerosas en la América del Sur. La batalla de Monte-Caseros (3 de Febrero de 1852) acabó en pocas horas con el dilatado poder del jefe de los gauchos. Rosas tuvo tiempo de huir: un vapor inglés le desembarcó en Irlanda con su hija Manuelita, el 26 de Abril: establecióse despues en Southampton (Inglaterra) donde llegó á su noticia en 1861, que el tribunal de Buenos-Aires le había condenado á muerte.

El régimen creado por Rosas había durado veinte años. Aunque elevado al poder por los federalistas, no siempre había tenido en cuenta los derechos de las provincias. La causa de su caída fué motivada principalmente por la parte leonina, hecha por su política, aun en la capital, en la repartición de los rendimientos de las Aduanas, más que por los medios tiránicos á que acudía para sostener su autoridad. Rivadavia, hijo directo de las ideas revolucionarias modernas, trató de dar la unidad por base de la libertad: Rosas, el verdugo de los unitarios, lo centralizó todo, y dejó sentir el peso de su mano despótica sobre el país sometido á su voluntad.

Urquiza encargó al anciano y estimado Doctor Lopez, la administración de Buenos Aires; convocóse una Asamblea constituyente en Santa Fé, en la que la provincia de Buenos Aires no tuvo representante alguno, tenaz en sus exageradas pretensiones de

preponderancia y supremacía política, avivadas por los periódicos y asambleas que procuraban mantener el ardor unitario. Lopez presentó su dimisión, y el general Pinto, presidente de la Cámara de Buenos Aires, se encargó interinamente del poder. Acudió Urquiza, disolvió la Cámara, y por un acto dictatorial confió el gobierno de la provincia á uno de sus generales, derribado poco despues por un movimiento popular que declaró emancipada la ciudad y nombró capitán general á Valentin Alsina en 30 de Octubre de 1852. El campo sublevóse contra la ciudad, reclamando su incorporación inmediata á la Confederación: las milicias tomaron las armas, poniendo sitio á Buenos Aires y bloqueando su puerto, en unión de Urquiza, quien al propio tiempo celebraba un tratado con Francia é Inglaterra que aseguraba la libre navegación de los ríos Argentinos. La falta de unión en las tropas sitiadoras, la actitud de la escuadra que fraternizaba con la población y la resistencia unánime así de los indígenas como de los europeos, obligaron á Urquiza á retirarse precipitadamente, renunciando así á una tentativa abiertamente condenada por el sentimiento nacional. Presentó su dimisión al Congreso, pero este rehusó admitírsela.

El Congreso había votado la Constitución promulgada en 1.º de Mayo de 1853, y delegado el poder ejecutivo á Urquiza. La paz era una necesidad absoluta. El nuevo presidente estableció el gobierno en Paraná, á donde le siguieron los representantes extranjeros, y reconoció la provincia de Buenos Aires como formando un Estado aparte separado del resto de la Confederación, con representación nacional en dos Cámaras y un gobierno elegido cada tres años. Las relaciones de las dos fracciones separadas de la familia Argentina conservaron una tendencia hostil hasta que se firmaron los tratados de 20 de Diciembre de 1854 y 8 de Enero de 1855, que lograron restablecer la confianza y afirmar el cré-

dito público. El Estado disidente recibió á los agentes diplomáticos y consulares de las potencias amigas y del mismo gobierno federal, enviados en prueba del respeto debido á los convenios y de la preponderancia adquirida por Buenos Aires, que bajo la esclarecida, tolerante y enérgica administracion del Doctor Obligado, construía suntuosos edificios, su Aduana monumental, sus teatros y palacios, iluminaba sus calles por medio del gas, inauguraba sus ferro-carriles, mientras la Confederacion Argentina, bajo la presidencia de Urquiza, veía renacer el orden y la prosperidad, adquiriendo gran desarrollo su comercio y su industria. Estudiábase el trazado del camino de hierro que debía enlazar á Córdoba y Rosario, emprendiéndose los trabajos geográficos y estadísticos de la Confederacion; explorábanse los rios interiores y se iban formando ó estableciendo numerosas colonias agrícolas en las provincias de Santa Fé y Entre-Rios.

Entretanto Urquiza no perdía la esperanza de reformar el pacto federal; pero las negociaciones entabladas con este objeto no hallaron eco en Buenos Aires. Acusóse entonces á esta ciudad de querer reconquistar su perdido imperio, de ser foco del monopolio y de rechazar las ideás de libre navegacion y comercio libre: resultando de ello algunas modificaciones en sus relaciones internacionales, de las que se aprovechó el gobierno del Paraná, para abandonar la actitud pacífica que hasta entonces habia conservado. En 18 de Marzo de 1856 denunció el tratado de 1854, y por una ley posterior estableció los derechos diferenciales á la importacion con lo que se lastimaba directamente al comercio de Buenos Aires que mostró un disgusto profundo, acabando por agriarse con este motivo las relaciones entre ambos Estados. En Mayo de 1859 tuvieron lugar en las provincias diversas manifestaciones pidiendo la union voluntaria ó forzosa de Buenos Aires á la Confederacion: ambas partes pusieron en pié de guerra sus guardias

nacionales, y aunque los embajadores extranjeros ofrecieron su mediacion, Buenos Aires rechazó toda inteligencia, encargando su defensa al general Mitre, que fué derrotado por Urquiza. La batalla de Cepeda, ganada por las fuerzas federales en 23 de Octubre, fué seguida de un tratado en virtud del cual Buenos Aires entraba de nuevo á formar parte de la Confederacion (11 de Noviembre de 1859). Urquiza, terminado su período presidencial, cedió el poder al doctor Santiago Derqui: en 1.º de Mayo siguiente Mitre fué nombrado gobernador de Buenos Aires, y con ocasion de la paz celebrada entre los diversos Estados de la Confederacion, las fiestas nacionales reunieron el 9 de Julio, en aquella capital, al presidente Derqui, al general Urquiza y al general Mitre, que recibía el nombre de brigadier general de la nacion.

Acababa apenas de realizarse la Union argentina, cuando estalló en la provincia de San Juan una sedicion: el gobernador Virasoro pereció asesinado con cinco de sus amigos; el doctor Aberastein, elegido para ocupar su puesto, cayó en manos del coronel Saa, encargado de castigar la revuelta, y fué pasado por las armas. Esta justicia sumaria excitó la indignacion en el Estado de Buenos Aires, y Mitre, cansado de pedir al presidente Derqui la desaprobacion y castigo del acto llevado á cabo por el coronel Saa, acudió al Congreso; complicándose este asunto con la anulacion hecha por la Cámara Argentina de la eleccion de los diputados por Buenos Aires, verificada con arreglo á la ley provincial y no segun la ley federal. Mientras ocurría esto, un terrible temblor de tierra destruía completamente á Mendoza.

Buenos Aires hizo de la admision de sus diputados un *casus belli*, suprimiendo desde 1.º de Mayo de 1861 los cien mil duros que pagaba mensualmente al Tesoro por conservar el usufructo de su Aduana: por otra parte el poder federal presentó diversas pretensiones restrictivas. La eterna lucha entre el derecho del